



Cómo recuperar el juicio recto en tiempos de polarización, desinformación e inmediatez digital desde una perspectiva católica

Vivimos en una época extraordinaria. Nunca antes la humanidad había tenido acceso a tanta información en tan poco tiempo. En cuestión de segundos podemos conocer acontecimientos ocurridos al otro lado del mundo, leer miles de opiniones, compartir noticias con cientos de personas y expresar públicamente nuestro parecer sobre cualquier asunto.

Sin embargo, esta aparente ventaja ha traído consigo un peligro espiritual que pocas veces se analiza desde la fe: la pérdida de la prudencia.

Las redes sociales han convertido la velocidad en una virtud, cuando en realidad muchas veces es enemiga de la verdad. Hoy parece más importante ser el primero en opinar que el primero en comprender. Se premia el comentario impulsivo, la indignación inmediata, el titular llamativo y la respuesta emocional. La reflexión pausada, la investigación seria y el discernimiento parecen haberse convertido en rarezas.

Esta realidad afecta también a los católicos.

Muchos cristianos participan diariamente en debates políticos, culturales o religiosos sin detenerse a preguntarse si aquello que comparten es cierto, si sus palabras edifican o destruyen, o si están actuando conforme al Evangelio.

La Iglesia siempre ha enseñado que el cristiano no puede separar su vida pública de su vida espiritual. También en internet, también en política, también en las redes sociales estamos llamados a vivir las virtudes.

Y entre todas ellas, una aparece hoy como especialmente necesaria: la prudencia.

No la prudencia entendida como cobardía o silencio cómodo, sino como la reina de las virtudes morales, aquella que guía todas las demás hacia el bien.



Una virtud muy mal entendida

Cuando alguien escucha la palabra prudencia suele pensar en alguien tímido, indeciso o excesivamente cauteloso.

Pero esa no es la prudencia cristiana.

Para Santo Tomás de Aquino, siguiendo la tradición de Aristóteles y perfeccionándola desde la Revelación, la prudencia es:

«*La recta razón en el obrar.*»

Es decir, la capacidad de descubrir cuál es el bien concreto en una situación determinada y elegir los medios adecuados para alcanzarlo.

La prudencia no consiste en evitar actuar.

Consiste en actuar correctamente.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña:

«*La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir, en toda circunstancia, nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo.*» (CEC 1806)

Esto significa que una persona prudente:

- busca la verdad antes de hablar;
- escucha antes de juzgar;
- analiza antes de reaccionar;
- verifica antes de compartir;
- piensa en las consecuencias de sus actos;
- procura el bien común y no únicamente la victoria de su grupo.



Todo ello resulta profundamente contracultural en el mundo digital.

La prudencia en la Sagrada Escritura

La Biblia habla constantemente de la prudencia.

No aparece únicamente como una cualidad humana, sino como un don profundamente unido al temor de Dios.

El libro de los Proverbios afirma:

«El prudente ve el peligro y se esconde; los ingenuos siguen adelante y sufren las consecuencias.» (Proverbios 22,3)

En otra ocasión leemos:

«El corazón del justo medita su respuesta, pero la boca de los malvados rebosa maldad.» (Proverbios 15,28)

Qué descripción tan actual.

Mientras las redes impulsan respuestas inmediatas, la Escritura invita a meditar antes de responder.

También el apóstol Santiago advierte:

«Todo hombre sea pronto para escuchar, lento para hablar y lento para la ira.» (Santiago 1,19)



Este versículo podría considerarse uno de los mejores programas de conducta para cualquier usuario de internet.

Escuchar.

Reflexionar.

Hablar sólo después.

No al revés.

Nuestro Señor Jesucristo también enseñó esta virtud.

Cuando los fariseos intentaban tenderle trampas políticas, nunca respondía impulsivamente.

Preguntaba.

Discernía.

Descubría las verdaderas intenciones.

Y respondía con una sabiduría que dejaba sin palabras incluso a sus enemigos.

Su célebre respuesta:

«***Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.***»
(Mateo 22,21)

es un ejemplo extraordinario de prudencia política.

No cae en la manipulación.

No acepta la falsa dicotomía.

No responde desde la pasión del momento.

Responde desde la verdad.



La prudencia política en la tradición católica

La Iglesia nunca ha identificado el cristianismo con un partido político concreto.

Los principios morales son permanentes.

Las decisiones políticas prudentiales, en cambio, pueden admitir diversas soluciones legítimas.

Aquí aparece un concepto muy importante de la doctrina social de la Iglesia.

No todas las cuestiones políticas tienen una única respuesta obligatoria para todos los católicos.

Existen principios irrenunciables:

- defensa de la vida;
- dignidad humana;
- libertad religiosa;
- protección de la familia;
- justicia social;
- bien común.

Pero existen muchas cuestiones técnicas o estratégicas donde pueden existir opiniones diversas entre católicos igualmente fieles.

Olvidar esto produce fanatismos.

Confundir la fe con una ideología termina convirtiendo la política en una religión.

Y eso constituye una forma moderna de idolatría.



El problema de la polarización

Las redes sociales viven de nuestra atención.

Y nada genera más atención que el conflicto.

Los algoritmos premian aquello que provoca emociones intensas:

- indignación;
- miedo;
- enfado;
- escándalo;
- desprecio.

Cuanto más dividido está un pueblo, más tiempo permanece conectado.

Por eso muchas plataformas terminan creando auténticas cámaras de eco.

Sólo vemos opiniones parecidas a las nuestras.

Sólo leemos aquello que confirma nuestras ideas.

Poco a poco dejamos de dialogar.

Comenzamos a caricaturizar al adversario.

Después dejamos de escucharlo.

Finalmente dejamos incluso de reconocer su dignidad.

Pero el cristiano jamás puede permitir que un algoritmo determine su forma de amar al prójimo.



La desinformación: un problema moral

Compartir una noticia falsa no siempre constituye un pecado grave.

Pero puede convertirse en uno cuando existe negligencia culpable.

El Octavo Mandamiento no prohíbe únicamente mentir deliberadamente.

También nos obliga a respetar la verdad.

Difundir rumores.

Manipular datos.

Sacar frases de contexto.

Editar vídeos para engañar.

Compartir titulares sin leer el contenido.

Todo ello puede convertirse en una cooperación con la mentira.

Y el padre de la mentira tiene nombre.

Jesús lo identifica claramente:

«**Él fue homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad.**» (Juan 8,44)

Cada vez que difundimos falsedades sin comprobarlas colaboramos, aunque sea indirectamente, con una cultura de mentira.



El juicio temerario también existe en internet

El Catecismo recuerda que debemos evitar el juicio temerario.

Es decir, atribuir malas intenciones al prójimo sin pruebas suficientes.

Las redes sociales favorecen precisamente ese pecado.

Un vídeo de diez segundos.

Una fotografía aislada.

Un titular fuera de contexto.

Y miles de personas creen conocer toda la historia.

La prudencia obliga a preguntarse:

¿Conozco todos los hechos?

¿Existe otra explicación?

¿Estoy juzgando justamente?

¿He escuchado ambas versiones?

En muchas ocasiones la respuesta honesta será:

«No lo sé.»

Y reconocer que no sabemos algo también es una forma de sabiduría.

Prudencia no significa neutralidad

Existe otro error frecuente.



Pensar que ser prudente significa no tomar nunca postura.

Eso tampoco es cierto.

Los santos fueron extraordinariamente prudentes y, sin embargo, denunciaron injusticias.

San Juan Bautista denunció el adulterio de Herodes.

Los profetas denunciaron la corrupción.

Los mártires prefirieron morir antes que colaborar con leyes injustas.

La prudencia no elimina el valor.

Lo orienta.

El cristiano debe hablar cuando la verdad lo exige.

Pero debe hacerlo con caridad.

Con justicia.

Con conocimiento.

Y buscando siempre la conversión del otro, no su humillación pública.

El peligro de convertir la política en identidad absoluta

Uno de los mayores riesgos actuales consiste en definirnos únicamente por nuestras posiciones políticas.

Antes éramos hijos de Dios.

Ahora muchos se presentan primero como conservadores, progresistas, liberales, nacionalistas o cualquier otra etiqueta.



Cuando la política ocupa el lugar que corresponde a Dios, nace un nuevo ídolo.

La identidad cristiana queda subordinada a una ideología.

Entonces comenzamos a justificar cualquier comportamiento si favorece «a los nuestros».

La prudencia impide precisamente esa ceguera.

Nos recuerda que ningún partido posee toda la verdad.

Ningún dirigente es un salvador.

Ningún programa político sustituye al Evangelio.

Cristo sigue siendo el único Rey.

La virtud del silencio

Las redes nos hacen creer que debemos opinar sobre todo.

Pero la sabiduría bíblica enseña algo muy distinto.

«**Hasta el necio, cuando calla, pasa por sabio.**» (Proverbios 17,28)

Hay ocasiones en que el silencio resulta mucho más prudente que una respuesta precipitada.

No porque falte valentía.

Sino porque aún faltan datos.

Porque la emoción domina la razón.

Porque hablar sólo contribuiría a aumentar el enfrentamiento.



Saber callar también es una virtud.

El discernimiento cristiano frente a los algoritmos

El discernimiento consiste en aprender a mirar la realidad con los ojos de Dios.

Esto exige varias preguntas antes de compartir cualquier contenido:

- ¿Es verdadero?
- ¿Está suficientemente comprobado?
- ¿Quién lo publica?
- ¿Qué intereses puede haber detrás?
- ¿Contribuye al bien común?
- ¿Edifica o destruye?
- ¿Genera odio innecesario?
- ¿Respeto la dignidad de las personas?
- ¿Me acerca más a Cristo?

Estas preguntas son mucho más importantes que preguntarse si el contenido se hará viral.

La prudencia política como servicio al bien común

La doctrina social de la Iglesia enseña que la política, cuando se vive rectamente, constituye una forma elevada de caridad.

¿Por qué?

Porque busca el bien de toda la comunidad.



Pero para servir al bien común es indispensable conocer la realidad.

La prudencia política exige:

- estudiar;
- escuchar;
- dialogar;
- aceptar datos objetivos;
- distinguir hechos de opiniones;
- rechazar la manipulación.

No basta tener buenas intenciones.

Hace falta inteligencia moral.

Hace falta formación.

Hace falta oración.

¿Cómo cultivar esta virtud hoy?

La prudencia no aparece espontáneamente.

Debe educarse.

Algunas prácticas concretas pueden ayudarnos.

1. Orar antes de reaccionar

Muchas discusiones desaparecerían si rezáramos antes de responder.

Un minuto de oración puede evitar horas de enfrentamiento.



2. Leer más allá del titular

Muchos titulares están diseñados para provocar emociones.

El cristiano busca comprender.

No simplemente reaccionar.

3. Contrastar las fuentes

No toda información es fiable.

Buscar diversas fuentes, especialmente cuando una noticia confirma exactamente aquello que deseábamos creer, es un ejercicio de honestidad intelectual.

4. Formar la conciencia

No basta conocer la actualidad.

Hay que conocer la doctrina social de la Iglesia.

Sin una conciencia bien formada resulta imposible ejercer una auténtica prudencia política.

5. Examinar nuestras intenciones

Antes de publicar conviene preguntarse:

¿Por qué quiero compartir esto?

¿Busco informar?

¿Ayudar?



¿Evangelizar?

¿O simplemente ganar una discusión?

6. Practicar la humildad intelectual

Podemos equivocarnos.

Podemos aprender.

Podemos rectificar.

La humildad es una gran aliada de la prudencia.

La Virgen María, modelo perfecto de prudencia

Entre todas las criaturas, María aparece como un modelo luminoso de prudencia.

El Evangelio afirma repetidamente que:

«**María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.**» (Lucas 2,19)

No reacciona impulsivamente.

Medita.

Ora.

Discierne.

Confía.



Antes de actuar busca comprender la voluntad de Dios.

En un mundo dominado por la rapidez, María nos enseña el valor de la contemplación.

En una cultura de respuestas instantáneas, ella nos recuerda que el silencio fecundo puede ser más elocuente que mil comentarios.

Conclusión: recuperar la prudencia para evangelizar el mundo digital

La crisis de nuestro tiempo no es solamente política ni tecnológica; es, sobre todo, una crisis de las virtudes. Hemos aprendido a comunicarnos más rápido, pero no necesariamente mejor. Disponemos de una cantidad inmensa de información, pero no siempre de verdadera sabiduría. Tenemos múltiples canales para expresar nuestras opiniones, pero con frecuencia olvidamos examinar si nuestras palabras reflejan el corazón de Cristo.

La prudencia política, entendida como recta razón en el obrar, no invita al miedo ni a la indiferencia. Nos llama a participar activamente en la vida pública con una conciencia formada, iluminada por la fe y guiada por la caridad. El cristiano no puede renunciar a buscar la verdad, defender la justicia o denunciar el mal; pero tampoco puede hacerlo sacrificando la verdad, la serenidad o el respeto por la dignidad de quienes piensan de otro modo.

En la era de las redes sociales, ejercer la prudencia significa resistirse a la dictadura de la inmediatez. Significa verificar antes de compartir, escuchar antes de responder, comprender antes de juzgar y orar antes de actuar. Significa recordar que cada publicación, cada comentario y cada conversación pueden convertirse en una ocasión para construir puentes o para levantar muros.

San Pablo exhortaba a los cristianos:

«**Examinadlo todo y quedaos con lo bueno.**» (1 Tesalonicenses 5,21)



Estas palabras, escritas hace casi dos mil años, resultan sorprendentemente actuales. Constituyen un verdadero programa de vida para el creyente que desea habitar el mundo digital sin dejarse arrastrar por él.

Hoy más que nunca, la Iglesia necesita laicos capaces de participar en la vida política y social con inteligencia, serenidad y espíritu evangélico; hombres y mujeres que no sean esclavos de las tendencias del momento, sino testigos de la verdad; personas que comprendan que la auténtica victoria no consiste en derrotar al adversario en una discusión, sino en acercar las almas a Cristo.

Recuperar la prudencia política es, en definitiva, recuperar una forma profundamente cristiana de mirar el mundo: con los ojos de la verdad, con el corazón de la caridad y con la esperanza puesta no en los poderes pasajeros de este mundo, sino en el Reino de Dios, que permanece para siempre. Allí donde la polarización divide, la prudencia une; donde la mentira confunde, la prudencia esclarece; donde la precipitación hiere, la prudencia sana. Y esa es una virtud que nuestra sociedad necesita redescubrir con urgencia.